

Los nuevos americanos



En los Estados Unidos los indios de Cherán no viven en áreas marginadas al otro lado de las vías del tren ni en villas miserias segregadas de la sociedad; viven ampliamente y codo a codo con los "nativos": negros, asiáticos y blancos pobres. Esta experiencia los está transformando tanto como ellos transforman los pueblos norteamericanos a su paso.



Un par de "postales" más de los lugares donde estuvimos: Norwalk, Wisconsin: un pueblo de 500 habitantes, la mitad de los cuales se emplea en la planta local de empacado de carne; la mayoría son mexicanos, muchos de Cherán. Los jóvenes inmigrantes han empezado a enamorar a las muchachas blancas del lugar -las hijas de los menonitas, de los amish, de los Plain Christians- y viceversa. Los amantes hablan solamente en escaso inglés y escaso español. Pero la ley del deseo habla su propio idioma y nosotros siempre desearemos al Otro: hay ahora unas cuantas docenas de bebés en el pueblo, cabellos color de arena, ojos verdes, piel dorada: una nueva raza cósmica. Los indios interpretan danzas tradicionales en la calle Main. Los autoestéreos de las muchachas blancas escupen música norteaña, los mexicanos merodean con música heavymetalera

zumbando en sus walkmans. Pero no todo es paz aquí; en el bar -sólo hay dos bares en Norwalk, y un restaurante- los morenos y los blancos se enfrentan a tiros, como en el viejo oeste (generalmente por celos o a veces por cuestiones de trabajo). No se había visto tanta acción en Norwalk desde los días de la guerra contra los indios.



Un tipo blanco, recién salido del tambo, nos dice que odia a los negros. Los mexicanos dicen que son discriminados por los blancos. Una pareja de adolescentes hip-hoperos nos platica que no hay problemas entre negros y mexicanos, pero que sin embargo éstos siempre tienen problemas con los blancos. En las ciudades a través de los Estados Unidos, en los estacionamientos de las licorerías, a lo largo de los corredores industriales, caminando bajo

las tenues luces de las torres remodeladas del centro, ocurre esta dinámica nueva y multicolor, formada de dos partes de clase social y una de raza. Éste es el grado cero del conflicto urbano del siglo que comienza, y es aún más complejo que el paradigma blanco-negro que nuestros

medios y nuestros políticos proclaman como nuestra verdad racial.



Benson, Carolina del Norte: un expendio mexicano de víveres donde se venden tortillas y chiles y se rentan películas mexicanas a los recolectores de tabaco, quienes vienen a abastecerse una vez por semana desde los campos donde trabajan -cuyas consiciones recuerdan las fotografías de los fotógrafos de la Farm Security Administration. En el MacDonal'd's que está a unas cuadras están regalando muñecos de *Los tres caballeros* a los clientes gringos y mexicanos. El capitán Roger Crouch, de la Patrulla Fronteriza de

Benson, expresa con un acento barrido, casi ininteligible: "Bueh... estos mecsicanos están bien. De vez en cuando se emborrachan como zorrillos y entonces los encerramos, tú sabes. Bueno, pero yo no hablo mecsicano, y ellos no hablan gringo..." La presencia mexicana en el sur estadounidense es algo que nos deja perplejos.



Así que, ¿en dónde estuvimos durante este viaje? Hacia arriba y hacia abajo por las fronteras, de Wisconsin a Michoacán, de California a Carolina del Norte, con muchas paradas en Los Ángeles y la Ciudad de México.



En los últimos años he viajado entre Los Ángeles y la Ciudad de México quizá unas 50 veces; conozco cada milla náutica, cada uno de los valles y volcanes nevados, aluviones y corrientes de aire, las dunas de los desiertos y las barras de arena bajo el mar azul verdoso, he visto cada detalle de la tierra desde 10,000 metros de altura. Y sé exactamente cuando cruzamos la frontera porque siempre escucho la jerigonza del canal 8 por mis audífonos, cuando los controladores ordenan a los pilotos conectar los

instrumentos de guía al radar de Julian (un pequeño poblado al este de San Diego); esa es la señal que indica que estamos cruzando del espacio mexicano al norteamericano. Pero, ¿saben qué? No hay nada allá abajo. No hay una línea, no hay un muro (la nueva cerca de dos metros de alto empieza al este de Tijuana y sólo avanza unos 30 kilómetros), sólo hay tierra semiárida, escasamente poblada, y el comienzo de un gran desierto hacia el este, un desierto que cubre seis mil kilómetros hasta llegar a la costa del Golfo. Lo he dicho durante años: no hay frontera; es más una idea que una realidad. Lo que existe son los peligros del camino.



Escribo desde un lugar en el desierto del Mojave, el mismo que sobrevuelan los jets de United Airlines cuando se acercan a Los Ángeles cargados de mercancías del Tratado de Libre Comercio y, cada vez más, inmigrantes obreros (es curioso ver a un tipo de traje cruzado sentado al lado de alguien con sombrero vaquero impregnado de sudor y una playera desteñida).

Esta mañana manejé por el Parque Nacional de Joshua Tree, quizá la zona más extraña y hermosa del Mojave, y escogí un punto lejos de lo turistas alemanes y japoneses y de las irritantes familias gringas de clase media; no al lugar donde el árbol de Joshua alza sus brazos anhelantes, no, sino a un lugar más árido aún, cerca del desierto del Colorado, más solitario y salitroso y del que la gente piensa, supongo, que no es tan bello porque casi no vienen para acá.



Ahí es adonde fui. Fui ahí a subir una montaña y buscar un lugar sin caminos o estaciones de policía, y a pensar en todos los lugares y en la gente que conocí y en todos los lugares y en la gente que aún me falta por conocer; en todos nuestros viajes, en cada uno de nuestros imperiosos viajes, en cada uno de los caminos que tomamos.

Algún día, pronto, partiré de nuevo.

19 de noviembre de 1997

Twentynine Palms, California